





LA VIEJA HISTORIA  
DE LOS OTERO



Jenaro de la Campa Muñoz

LA VIEJA HISTORIA  
DE LOS OTERO



Primera edición: septiembre 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jenaro de la Campa Muñoz

ISBN: 978-84-17961-50-3

ISBN digital: 978-84-17961-51-0

Depósito legal: M-28386-2019

Editorial Adarve

c/Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mis hijos Miriam y Jenaro,  
dos fuertes báculos en los momentos difíciles.*





## Capítulo 1: El principio

Luis mira abstraídamente por la ventana de la salita. Su madre, sentada en el sofá, lo está observando, esperando alguna reacción de él, pero en el fondo sabe que su hijo no dará nunca muestras de sus emociones, siempre se las ha guardado para sí mismo. La tarde es desapacible y Luis observa cómo la lluvia dificulta el tránsito de los coches por la calle, levantando cortinas de agua que salpican a los peatones; está oscureciendo y tiene ganas de llegar a casa; lleva todo el día de viaje y no ha conseguido ningún nuevo pedido. El negocio va mal.

—¿Qué te pasa?, ¿ya no te acuerdas del tío Perfecto?

—Estaba recordando la tarde en que me llevó a podar el manzano y se partió una pierna al caer de una rama.

—Siempre tuvo una especial predilección por ti.

—Bueno, mamá, me tengo que ir. Mañana paso a recogerte a las diez para ir al pueblo. Si el entierro es a las cinco de la tarde, aún llegamos a tiempo de comer allí.

—¿Va a venir Tere?

—Supongo que sí; apenas lo conocía, pero ya sabes que aunque se encuentre mal quiere estar presente en todos los acontecimientos de la familia.

—Hasta mañana entonces, hijo.

Luis se acerca a su madre y le da un beso en la arrugada mejilla. Divina lleva muy bien sus ochenta y tres años. Tiene sus achaques, pero es fuerte. Tere, su mujer, cayó en una profunda depresión hace seis años al perder a su hija en el parto. Tenía mucha ilusión

puesta en el nuevo hijo tras la muerte de Luisín, atropellado por el autocar escolar.

A sus cuarenta y seis años, Luis siente como si se cayera por un precipicio sin obstáculo que lo frene en la caída. Su vida se desmorona y no encuentra nada a qué aferrarse.

Sube al coche y se dirige a casa, un pequeño piso en el centro de la ciudad, en el que lo está esperando Tere, harta de soledad; así que, pese a las desdichas, debe recomponer su maltrecho ánimo y alegrar un poco la vida de la mujer que comparte sus sufrimientos.

Parado ante un semáforo en rojo le viene a la memoria la cara de tío Perfecto, fallecido esa mañana tras años de pelea con el hígado y el vino que no vendía para poder beberlo. Su cara enrojecida, sus ojos azules echando chispas y la docena de pelos que tenía alrededor de la calva bailando el twist (Perfecto era un buen bailarín de twist cuando había tomado una botella, y un patoso cuando llevaba una y media). El hermano menor de su padre siempre fue su tío preferido, porque le hacía caso y le contaba historias de la gente del pueblo. De esta forma, Luis conoció los secretos inconfesables de los pocos vecinos que vivían en la aldea.

Deja el coche en el garaje y sube por las escaleras hasta el tercer piso. Siente la necesidad de hacer algo de ejercicio tras pasar tantas horas sentado al volante. Cuando entra en casa, se encuentra a Tere preparando unos dulces para la cena. Él se le acerca y rodea con sus brazos la cintura de ella, envuelta en un delantal lleno de harina. Tere tensa el cuerpo y cierra con fuerza los puños, destrozando la figura que estaba haciendo con la masa.

Luis se percata de lo inoportuno de su abrazo y, separándose con dulzura, saluda a su esposa:

—Buenas tardes, cariño. Vengo de casa de mi madre. Me dejó un recado en la oficina para que fuera por allí, y la verdad es que lo que tenía que decirme no fue nada agradable.

Sabe que debe hablar todo lo que pueda e involucrar en el tema a su mujer para que olvide el mal comienzo de su salud.

—¿Entonces?

—Llamó mi tía Engracia para decirle que el tío Perfecto murió esta mañana en el hospital. Lo entierran mañana por la tarde y mi madre quiere que la lleve al pueblo. Quedé en que la recogía a las diez.

—Pues allí estaremos, a las diez.

—Cariño, no hace falta que vengas; ya sabes cómo son los entierros en los pueblos.

—He dicho que os acompaño.

No hace falta seguir la conversación; sabe que cuando su mujer pronuncia una frase sentenciando, ya no habrá quien la mueva de la decisión. Por suerte, esa postura firme que adopta Tere provoca la relajación del ambiente, y por fin se acercan el uno al otro y se funden en un abrazo que lleva al beso. Él desliza temeroso la mano por la espalda de su mujer hasta encontrar el punto que hace algún tiempo su mujer no podía resistir y se le entregaba; lejos de obtener el resultado apetecido, Tere se distancia suavemente.

—Voy a terminar con esto para que podamos cenar.

Luis se da por satisfecho; el rechazo no fue tajante y eso significa un paso adelante en su particular terapia. Se dirige al dormitorio y se enfunda en el gastado chándal de andar por casa; se calza las zapatillas y toma asiento en el salón ante el televisor para ver la retransmisión de un partido. El fútbol no le volvió a gustar desde lo de Luisín, pero se lo impone como su propia terapia para superar los recuerdos del crío vistiendo una camiseta y pantalón corto, dándole patadas al balón.

Pasado un buen rato, la mujer aparece por la puerta haciéndole gestos de que la cena está en la mesa, y él se levanta desganado, apaga el televisor al que apenas ha hecho caso y se sienta a la mesa de la cocina; una fuente llena a rebosar de rosquillas dulces y dos tazas de café humeante solicitan ser recibidos en los estómagos de tan ilustres comensales. No se hacen comentarios del trabajo. No se habla del viaje del día siguiente. Solo se cena.

Una vez metidos en cama, la noche resulta turbulenta para Luis; a su memoria acuden tantos recuerdos de sus anuales vacaciones

en el pueblo que no es capaz de asimilarlos uno por uno. Se mezclan el silencio de la casa durante la siesta y la caída de tío Perfecto, las noches en que la casa era un continuo crujido de maderas mientras todo el mundo dormía y la ambulancia llevándose al tío. Sin llegar a ser una pesadilla, la mente se la juega y no le deja un segundo de merecido descanso.

Tere tampoco se libra de los malos recuerdos; la muerte del tío Perfecto hace de reclamo a sus últimos sufrimientos. La pastilla que toma para dormir sin pesadillas no hace efecto esta noche, y los recuerdos del interior de la ambulancia que llevaba a Luisín inconsciente al hospital se mezclan con la mesa del comedor de la casa del pueblo; su mente busca el porqué de la conexión de ambos recuerdos y lo único que se le ocurre es el olor que en ambos sitios se respiraba: en el comedor de la aldea se respiraba a rancio, mientras que en la ambulancia olía a sangre y medicinas, olores que nunca pudo soportar.

Con la noche que los dos están pasando por separado, en dura lucha con sus recuerdos, ninguno de ellos hace un movimiento brusco para evitar que el otro se despierte. La relación de pareja se ha resquebrajado peligrosamente desde que Tere cayó en la depresión. Ella se ha encerrado en sí misma y no comparte ni un solo pensamiento con su marido, al que en el fondo culpa de sus desgracias; él, armado de toda la paciencia que ha podido acumular, trata de salvar la salud de su mujer y levantar de nuevo el matrimonio, pero se siente desbordado porque ella rechaza la ayuda que le ofrece y, en cambio, el negocio necesita de mucha más atención. Los dos están luchando en frentes distintos de la misma batalla.

Cuando el despertador suena a las ocho de la mañana, los dos saltan de la cama como lanzados con catapulta, como si fuera la cama de un faquir llena de clavos, escapando de la noche de sufrimiento que sus mentes les han ofrecido.

Luis se va a la cocina a preparar el desayuno mientras Tere se mete en la ducha para luego cambiar los puestos, recordando los días en los que entraban en la ducha al mismo tiempo y jugueteaban-

do se les hacía tarde. Tras vestirse en silencio, salen hacia el garaje y suben al coche; es el momento en que uno de ellos pronuncia la primera palabra del día.

—¿Cuánto tiempo de viaje es hasta el pueblo?

—Algo más de tres horas. Llegaremos para comer.

Todo hay que decirlo, ninguno de ellos ha tenido nunca un buen despertar, incluso cuando su hijo les aparecía los domingos en el dormitorio y se metía entre ambos en la cama.

El coche arranca y se dirigen hacia la casa de Divina, quien los está ya esperando en el portal completamente vestida de negro, el color habitual de sus ropas desde que su marido, Guillermo, falleciese. En cuanto la anciana ve acercarse el coche, se aproxima al borde de la acera; Luis para justo delante y ella sube al coche con gesto severo.

—La puntualidad nunca ha sido tu fuerte.

—Sí, mamá, ya sé que pasan tres minutos de las diez de la mañana. Buenos días.

—Buenos días, Divina.

—¡Dejaos de pamplinas y arranca!

Luis y Tere cruzan las miradas por primera vez desde que se levantaron. La anciana hoy no tiene tampoco un buen día y va a ser un viaje muy difícil. Luis calla y maniobra, metiéndose de nuevo en la circulación camino de la carretera que los llevará al pueblo. Tere le apoya una mano en el muslo y le da una serie de palmaditas ofreciéndole su apoyo y pidiéndole serenidad. Divina...

—Y no hace falta que corras, porque quien nos espera ya está muerto.

Luis no puede reprimir una sonrisa.

—Vale, mamá, no correré.

Dicho y hecho; una vez que salen de la ciudad, y tras unos kilómetros por la autopista, toman la desviación hacia la carretera del pueblo. Luis la recuerda angosta y con muchas curvas, así que la recomendación de su madre resulta inútil. Al pasar los accesos de la autopista, el bosque se traga materialmente la vista; aun en

el día más soleado del verano, la sombra se hace dueña de todas y cada una de las curvas de la carretera que, serpenteante, cruza las montañas de la región. No son demasiado altas, no son demasiado rocosas, son verdes y arboladas, llenas de riachuelos que riegan los campos existentes en las laderas y que hacen equilibrios para no rodar monte abajo. De vez en cuando se ve alguna zona en la que el fuego de verano hizo trizas el verdor; pero este invierno duro y lluvioso permite ver pequeñas cascadas de agua caer desde el corte producido en el terreno para la carretera sobre el inexistente arcén de la misma; a Luis le viene a la memoria alguna vez que, regresando a casa con su padre al volante, los sorprendió la niebla, haciendo casi imposible ver el negro asfalto disfrazado de fantasma. A la velocidad de vértigo de cuarenta kilómetros por hora, le parece ir caminando junto a su padre y tío Perfecto en las veraniegas excursiones en las que se dedicaban a recorrer las viejas heredades de la familia, otrora dueña de título nobiliario, según le había contado quien ahora le hacía recordar todo esto una vez muerto.

Acostumbrado a circular por carreteras que permiten una mayor velocidad, Luis se nota cansado, aunque tal vez sea la inquietud de llegar al pueblo tres años después de haberse marchado prometiendo regresar en un mes. Al tomar una curva ve un acceso al interior del bosque por su derecha y detiene el vehículo.

—Si no os importa, voy a parar unos minutos para estirar las piernas.

—Tu padre no necesitaba parar nunca durante un viaje.

—Mamá, tú siempre has dicho que no sabes a quién salí, que no me parezco a papá ni a ti.

Baja del coche sin esperar respuesta y se adentra en el bosque unos metros por la senda que las huellas de algún tractor ha dejado en un recorrido más o menos habitual. Mientras se despereza estirando todos los músculos del cuerpo, desahoga la vejiga. Los nervios, el frío de la mañana, la tensión de lo que en el pueblo se encuentre, el caso es que hace años que no sentía la necesidad de bajarse del coche; pero esta es una mañana muy especial en todos los sentidos.

De regreso al coche, recoge unas ramas de eucalipto para que al secar dejen un olor agradable en el interior. Nunca fuma mientras conduce, pero le obsesiona el olor que suele concentrarse en el habitáculo; mete las ramas en el maletero, en el que cohabitan muestrarios y talonarios de facturas. Se sienta nuevamente al volante y reinicia el viaje algo más relajado. Presiente que en su ausencia, Tere y su madre han tenido una pequeña charla, porque el silencio que reina entre las dos mujeres no puede significar otra cosa; nunca hubo una buena relación entre suegra y nuera, y la falta de diálogo se acentuó tras el infructuoso parto. Girando el volante mientras cambia de marcha, piensa en preguntarle a Tere en cuanto pueda si tuvo algún problema con Divina.

De repente, como por arte de magia, el bosque desaparece y comienza como espejismo una continuidad de campos de verde hierba a los laterales de la carretera que, cansada de subir, llanea próxima a la cima de la montaña coronada por una aislada explotación de ganado. Las vacas aprovechan la mañana tomando un aperitivo y un perro los saluda con ladridos advirtiendo de la existencia de un propietario de esas tierras; sus ladridos se escuchan con claridad a pesar de los cientos de metros que los separan. Un poco más allá, y tras otra cerrada curva, el bosque vuelve a engullir la carretera. Ya quedan pocos kilómetros para llegar al pueblo, Villa Otero, fiel reflejo de la importancia que el apellido heredado significaba en la antigüedad.

Y nuevamente a la vuelta de una curva aparece la primera casa del pueblo; la de la señora Julia es un edificio pintado eternamente de blanco, pero siempre con un gris verdoso llamando a sus paredes. Desde este edificio de dos plantas con el bajo dedicado antiguamente a establo, hasta el núcleo de casas del pueblo, hay un kilómetro y medio de carretera llana y rectilínea, adornada por una arboleda de nogales e higueras.

La señora Julia procede de la que antaño era la familia del guarda de las fincas de la familia Otero, y hace honor a su ascendencia, pues desde el balcón del salón vigila quién entra o sale del pueblo

desde que canta el gallo hasta el anochecer; esta labor la cumple por propia iniciativa desde que sus hijos fueron mayores y comenzaron a ocuparse de los animales y del campo. Su marido, Andrés, siempre ha sido fiel compañero de borracheras del tío Perfecto hasta que este entró en el hospital. La carretera se convierte súbitamente en calle principal y el vehículo penetra en la aldea; Luis siente una nube de agua en los ojos al estar todo tal cual lo recordaba; ni un edificio nuevo, ni una ruina más. Todo igual; desierto por la hora, silencioso por el luto; gris como el día.

A la izquierda asoma la plaza principal y, tras ella, en la ladera de la pequeña colina, la casa de los Otero, el destino de este viaje. Detiene el coche ante la verja que da acceso al patio y, antes de apearse, ya está la tía Engracia abriéndoles la puerta, vistiendo de riguroso luto, cubierta por una pañoleta y con un blanco pañuelo destacando entre sus manos. Luis arranca y lentamente lleva el automóvil hasta el cobertizo de la derecha, que sirve de garaje.

La bienvenida de la tía son los sollozos que oyen acercarse mientras bajan del coche; Divina se apresura a echarse en los brazos de ella y entre lamentos se dejan oír los llantos. Tere y Luis quedan en pie ante las dos mujeres esperando a que se separen, hasta que él da dos pasos hacia Engracia y esta cambia de hombro para seguir llorando y pasar, tras unos segundos, al de Tere. Una vez acabada la triste recepción, se dirigen al interior de la casa.



## Capítulo 2: El Reencuentro

Por la puerta principal del caserón se accede al amplio recibidor; de frente, uno se encuentra con las escaleras de acceso a la planta de arriba, donde Luis recuerda que están los dormitorios; a la derecha, dos puertas abren al visitante el salón y el comedor, comunicados entre sí por una doble arcada. Su mobiliario se mantiene inalterable con el paso de los tiempos; la gran mesa del salón, rectangular y recia, de madera oscurecida por los años y el vino caído sobre ella; las sillas, cómodas todavía a pesar de llevar en sus asientos innumerables tapizados. En el salón merece mención aparte la mesa de despacho, sobre la que los antepasados llevaban las cuentas de los impuestos a cobrar y escribían a la corte del rey pidiendo favores; tan grande como media mesa del comedor, con enormes cajones laterales que se cierran con llave todos al mismo tiempo por un pequeño e inteligente mecanismo del cajón central, se apoya en el suelo por ocho patas imitando una espiral y de las que asoman hojas de laurel. El laurel, parte importante en el escudo de la familia, que se encuentra tras la mesa sobre el viejo y raído sillón. Cuando antiguamente se hizo el escudo de la familia no se intentó hacerlo bonito, sino conseguir en un par de imágenes dar la idea de quiénes son los Otero, así que no pusieron granadas ni leones, no pusieron barras ni cadenas, pusieron unas hojas de laurel sobre un campo sembrado, y a su lado una carabela ante un castillo; por encima del emblema, la consabida corona. El significado resulta ser simple y curioso: al servicio del rey de Castilla en las Américas, somos reconocidos y se nos otorgan tierras en las que abunda el laurel.

Continúa Luis con la mirada recorriendo el cuarto y recuerda las siestas que junto a Perfecto echaba en el sofá, ahora cambiado de tapicería; a él no le gustaba acostarse en la cama para dormir la siesta como le obligaban, y se refugiaba en los brazos del tío, que tampoco se acostaba para no perder tiempo e ir a la tasca del difunto Geofredo (difunto ya entonces). La frescura del recuerdo de los crujidos y extraños ruidos que se oían en la casa cuando todo estaba en silencio le sorprende; es como si en un día de calor bochornoso, imprevistamente te batiera la cara una oleada de viento polar.

El suave roce de la mano de Tere sobre su brazo lo despierta bruscamente del pasado, gira en redondo sobre sus pies y se encuentra de frente al resto de la familia, lejana toda ella y que apenas recuerda, pero que lloran como lo haría él si no hubiera agotado ya sus lágrimas por el resto de la vida.

Saludos, pésames, llantos y, de repente, alguien se da cuenta de que han dejado al muerto solo en su dormitorio.

Las mujeres se apresuran a subir las escaleras hacia el cuarto de Perfecto, mientras los hombres permanecen con Luis y lo llevan hacia la cocina, a la izquierda de la escalera principal; Tere queda en tierra de nadie, parada ante el primer tramo de escalera que se extiende de frente para luego abrirse en dos lenguas hacia los laterales; Luis se percata de la situación y retrocede dos pasos hasta su mujer.

—Tere, cariño, quédate a descansar en el salón, que ahora te traigo algo caliente. ¿Te apetece un poco de caldo para templarte el cuerpo?

La mujer lo mira con cara de circunstancias y le hace un gesto afirmativo con la cabeza. Luis regresa junto al grupo de hombres, que se habían detenido como si de una película en vídeo se tratara, y juntos retoman el camino de la cocina.

Al traspasar la puerta, a Luis lo inunda el calor que desprenden las ollas en los fogones encendidos desde primera hora de la mañana; allí está Olegario, dueño de la tienda del pueblo; tam-

bién Simón, quien en su tiempo libre se dedica a la carpintería; en cuanto se cierra la puerta tras los recién llegados, la conversación surge, posiblemente en el punto en el que la habían dejado, sin dar importancia al parentesco de Luis con el fallecido; en el pueblo todo es natural.

—Parece ser que Manuel viene de camino, me dijo Merceditas, la hija, que en cuanto se lo dijo decidió dejar los asuntos que iba a tratar para el pueblo con el..., ¿cómo es, hombre?..., bueno, con ese señor de la capital.

Manuel es el alcalde; alcalde porque nadie más quiere saber de política; alcalde porque lo ha sido siempre y lo ha sido antes su padre; gracias a eso se convirtieron en la familia más poderosa del pueblo, pero no consiguieron cambiarle el nombre a la Villa. Luis sigue atento a la conversación mientras de una alacena toma una taza y un plato, y de uno de los colgantes sobre la cocina coge el cucharón para servir un poco de caldo a Tere; destapa una de las ollas y el vapor humeante le llega a la cara con un aroma que le abre el apetito, mete el cazo en el interior de la olla y dejar caer su contenido en la taza que sostiene en la mano izquierda, que inmediatamente adquiere el calor del líquido y lo tiene que apoyar sobre el plato; de uno de los muebles abre un cajón y saca una cuchara, y con todo en la mano sale por la puerta de la cocina con un breve «disculpen» hacia el salón. Se detiene ante la puerta para contemplar cómo Tere está observando detenidamente las fotografías que, sobre una mesa camilla, se amontonan en un desorden apacible; posiblemente el aroma del caldo haya llegado hasta ella, porque se gira mirando en dirección a la puerta. Luis accede a la habitación y, sobre una mesa situada ante el sofá, apoya la taza; sin palabras toma una servilleta de un cajón en un mueble bajo tras el viejo sillón, y se la ofrece a su mujer.

—Gracias, cariño.

—Tómate aquí el caldo tranquila, mientras yo estoy unos minutos con los hombres y, luego, cuando hayas tomado fuerzas, subimos.

—Sí, será lo mejor. Oye, cariño...

Las palabras de Tere no pueden ser escuchadas por Luis, porque fueron pronunciadas de forma casi inaudible y cuando él ya estaba camino de la cocina, pero sobre todo por el estruendoso trueno que hizo estremecerse todos y cada uno de los muebles de la casa. Como resaca del trueno, el silencio se hace dueño de la casa, ni las mujeres arriba lloran, ni los hombres abajo hablan, ni tan siquiera una silla pronuncia otro «ay» quejoso para no faltar al respeto.

A Luis le viene a la memoria algo que ahora deben estar todos en la casa pensando; la vieja creencia del pueblo de que si al mediodía del último día del muerto en su casa un trueno resuena, las desgracias estremecerán la morada desde los cimientos como si el trueno fuera. Luis mira el reloj de pulsera y suspira: la una y cuarto; mira de reojo el solemne reloj de pie que preside la esquina de la ventana del salón y marca la una y media.

—Es solo una superstición, y no comimos; pero el mediodía ya pasó.

Avanza murmurando. Siempre le gustaron las historias que Perfecto le contaba de las supersticiones que mueven el pueblo, pero una vez que creció y tuvo que vivir la realidad de la vida, las historias de fantasmas fueron más historias de lo que en su fantasía infantil se habían asentado. Al entrar en la cocina ve caras serias, llenas de preocupación, porque en un pueblo pequeño como este, la desgracia que se ceba en una casa afecta al pueblo entero.

—No deben preocuparse por el trueno. El mediodía ya ha pasado.

Todos los presentes en la cocina inclinan la vista a sus respectivos relojes de pulsera y tras comprobar la hora cabecean afirmativamente.

—Además, ¿no piensan que no puede caer desgracia alguna a una casa que ahora queda vacía?

Nuevos gestos de reconocimiento hacia las palabras de Luis. Lo comienzan a ver como el heredero del genio y claridad de ideas que

siempre se dijo que tenían los Otero. Pero Luis no cree en supersticiones, no cree en cosas raras. La vida le ha enseñado que el destino es tan imprevisible como decisiones tomemos. Respeto las ideas de esta gente que ha convivido desde siempre con las supersticiones en una tierra afincada en la más remota Edad Media, una tierra en la que muchas cosas se hacen porque los abuelos de los abuelos las hacían y no porque tengan una explicación lógica. Aquí, en esta aldea, en esta región, tiene más importancia la tradición pasada de abuelo a padre, a hijo y a nieto que la ciencia que estudian los jóvenes en los libros de la Universidad. Los respeta por creer que ahora llegará la desgracia, pero le parece una solemne tontería.

—Bien, si no les importa, voy a presentar mis respetos al difunto; avisaré a mi mujer.

Sale nuevamente por la puerta, seguro de que ahora será el centro de la conversación entre los hombres de la cocina. No le importa. Los Otero ya no son nada en el pueblo, ya no queda en el pueblo ningún Otero más que la tía Engracia, pero por las propias leyes que admiten la desgracia sobre la casa, Engracia ha dejado de llevar el apellido Otero cuando se casó. Las críticas no le dolerán cuando esté en la ciudad. Se asoma al salón y comprueba que Tere está terminando de tomar el caldo, aún humeante en la taza.

—Es el momento, cariño. ¿Estás preparada?

Ella se incorpora mientras apoya la servilleta en la mesa y se acerca a su marido.

—Perdóname por no estar bien y no poder ser todo lo fuerte que necesitas que sea.

—No digas tonterías. Eres fuerte y por eso quisiste venir.

Acabada la frase, la toma del brazo con una ligera presión para darle ánimos, y juntos suben las escaleras. Tomando el ala derecha, acceden al pasillo que bordea los dormitorios que dejan a la izquierda, quedando a la derecha, el pasamanos formado por una balastrada de madera tallada —un delicado trabajo que resulta difícil ya de ver actualmente—. El de Perfecto se encuentra justo encima del salón, hacia un lateral de la fachada principal; al quedarse solo

en la casa, no quiso trasladarse al dormitorio principal, justo encima de la entrada, pero tampoco nunca quiso dar una explicación de ello; si le preguntabas, siempre evadía dar una respuesta clara y empezaba a divagar con que desde pequeño había dormido en aquel cuarto y ahora, de viejo, no quería cambiarlo por nada. A nadie le convencía tan simple explicación, pero tampoco nadie tenía especial interés en el asunto, por lo que Perfecto siguió durmiendo donde le apeteció, y aun alguna vez en la bodega. El cuarto es un cumplido cuadrado, con el ventanal al frente de la puerta, y a la derecha de esta, la cama sobre la que descansa el difunto; a Perfecto le gustaba sentir el sol de la mañana despertándolo, pero en el día de su entierro no hay sol; se le ha negado contemplar el cielo desde la cama por última vez, entre otras cosas porque además han cerrado las contraventanas.

En la pared de la derecha, cubriendo casi completamente la misma, un inmenso armario con espejos en dos de sus puertas; en la pared de la izquierda, entre viejas fotografías colgadas, el escritorio de Perfecto, donde le gustaba escribir en sus noches de lucidez. Bajo la ventana, un baúl que nunca dejó abrir a Luis, ni siquiera cuando chiquito quería esconderse en él para jugar al escondite.

Luis siente la respiración de su esposa junto a sí y se percata de estar parado en la puerta de la habitación, siendo observado por las mujeres que, llorando y rezando, vigilan que el muerto no se escape. Da un paso y se incorpora al tétrico grupo; Tere hace lo propio, pero no se despega de su espalda, como esperando no ser vista por el difunto.

Allí está, en la cama, con su traje para las fiestas y las manos cruzadas sobre el pecho. A Luis le da la sensación de percibir una sonrisa en la cara blanca como la sábana que la rodea, aunque sabe que no es posible. Tere reza casi incoherentemente a su espalda, en un murmullo solo comparable al de los rezos de las plañideras que honran al muerto desde que llegó del hospital el día anterior. Le da la sensación de que ese que está inmóvil no es el excelente bailarín de twist, no es su profesor de poda con caída; Luis no se

encontraba preparado para ver a su tío ahora blanco, cuando en su recuerdo la cara era roja como el vino que le gustaba beber. La habitación comienza a darle vueltas y su cara se va pareciendo a la del muerto que está allí estirado; siente que pierde el equilibrio y adelanta un pie unos centímetros para poder mantenerse en vertical; en el pequeño balanceo que padece, se apoya con la espalda en su mujer, quien le posa una mano en el hombro. Sentir esa mano lo ayuda a sobreponerse.

Un destello de luz penetra a través de la rendija de cierre de las contraventanas y, pasados unos segundos, un nuevo trueno acalla todo murmullo en el cuarto. Aunque todavía su cabeza no se ha repuesto del mareo, percibe de nuevo la sonrisa de Perfecto para, acto seguido, cambiar a un gesto serio. Baja la mirada hasta sus pies como intentando reiniciar la visita.

Gritos ahogados, los dedos de Tere clavados en su hombro como garfios, el temor de los presentes, que se deja oler de inmediato. Levanta la vista de nuevo hacia la penumbra que rodea la cama y ve a su tío sentado en la misma que, mirándolo le guiña un ojo.

—Tú lo conseguirás, hijo —le parece entender.

Cae nuevamente en peso muerto sobre la mortaja. Las mujeres que lloraban al muerto salen corriendo de la habitación con las manos entrelazadas y los ojos mirando hacia el cielo implorando clemencia celestial. Las pobres no saben que, sin ser habitual, sí pudiera llegar a ser explicable lo ocurrido, o algo parecido.

En la estancia solo quedan Tere y él; Tere porque no es capaz de dar un paso por el pánico que siente, él porque sabe que es posible lo ocurrido sin tener que pensar en nada anormal, salvo por la frase que le pareció escuchar y que el muerto se haya sentado; prefiere que todos se hallan marchado del cuarto, porque cuando suelte el suspiro final puede provocar que el pánico sea mayor. Se da cuenta del miedo que está pasando su mujer, así que se gira y la toma entre sus brazos arrastrándola fuera de la habitación hacia las escaleras; en el pasillo se encuentra con Olegario.

—Por favor, llévela con las demás mujeres y que le preparen una tila.

—Pero...

—Lo que ocurrió no es nada raro, créame. Llévela mientras yo coloco todo de nuevo, por favor.

—De acuerdo.

Luis se desprende con suavidad de los brazos de su mujer, que lo tiene fuertemente sujeto, y vuelve sobre sus pasos para colocar de nuevo al difunto como si nada hubiera pasado. Una vez recompuesta la posición digna del fallecido, toma una de las sillas y la aproxima a la cama. Se sienta y, con los codos apoyados en sus rodillas, mete la cabeza entre las manos, frías como el cuerpo que acaba de tocar. Pasan los minutos y oye pasos acercándose, por lo que se levanta y cierra la puerta para volver a la silla.

—Está bien, tío; siempre te ha gustado liarla, y esta vez has conseguido que se hable de ti por mucho tiempo en el pueblo.

Sus palabras suenan serenas. Son palabras dirigidas al pasado, como cuando se sienta en un banco ante la tumba de su hijo Luisín y le cuenta cosas.

—No sé qué querías decirme con esa frase que tanto deseabas pronunciar como para hacerlo después de muerto, pero no creas que voy a devanarme los sesos por averiguarlo. Tengo bastantes problemas como para dedicarme a descifrar tus acertijos. Estoy aquí porque tú fuiste muy importante en mi vida; todos los conocimientos que adquiriste me los has pasado como si fuera ese hijo que nunca quisiste tener. Lo que sí me gustaría conseguir a mí es salir a flote con mi vida, salvar la salud de mi mujer (a la que, por cierto, no le has hecho ningún favor esta tarde) y poder levantar el negocio lo suficiente como para vivir sin ahogos. Aunque, estoy convencido, no es a eso a lo que te refieres.

No hay lágrimas en sus ojos. Las palabras fluyen lentamente, con la calma de quien habla consigo mismo. Vuelve a meter la cabeza entre las manos y suspira fuertemente. Endereza brusca-mente la espalda contra el respaldo de la silla y mira hacia el techo.



—¡Hasta cuándo nos tocará sufrir!

Baja la mirada de nuevo sobre el cadáver y cruza los brazos en el pecho.

—Viejo liante. Te conozco y sé que tienes algo guardado, pero no alcanzo a saber qué es.

Unos golpecitos en la puerta le indican que las cosas ya se serenaron afuera y que debe dejar seguir el curso del protocolo del entierro. Se levanta y abre la puerta. La cara desencajada de Simón asoma frente a él y se ofrece a ayudar.

—No, gracias, ya está todo en orden. Antes de que pasen de nuevo, quisiera hablar un momento con las mujeres para tranquilizarlas.

—Han aprovechado este rato y ya han comido. Dentro de poco vendrá el cura para rezar el rosario y luego lo llevaremos al cementerio.

—Está bien.

Sale de la habitación y acompaña a Simón, encontrándose con las mujeres al pie de las escaleras, todavía con el susto reflejado en sus caras. Él les explica en pocas palabras que no han presenciado nada sobrenatural y que a veces los cadáveres gustan de dar estos sustos; les dice que si no les satisface su explicación, pueden esperar a que llegue el sacerdote y continuar el velatorio con el rosario por el alma de su tío.

Termina de descender las escaleras y con un gesto pregunta por su mujer a Olegario, quien como única respuesta le devuelve un gesto con la cabeza señalando el comedor. Se dirige hacia allí, encontrándose a Tere de frente, sentada a la mesa y con un plato de caldo delante. Tras comprobar que a pesar de tener todavía el susto en el cuerpo se encuentra mejor, va al cuarto de baño y se lava las manos con frenesí, como si la muerte quedara adherida a la piel, hasta que se da cuenta de que la muerte no se le ha pegado ahora, lo acompaña desde hace algún tiempo para quitarle poco a poco a sus seres queridos. Mete la cara bajo el grifo del lavabo y toma una toalla para secarse. Ya despejado, fresco, vuelve junto a su mujer.

Alguien se ha preocupado de prepararle un plato en la mesa, junto a Tere, así que toma asiento y, antes de pronunciar palabra, ingiere unas cucharadas de líquido bien caliente para templar el cuerpo.

—No sé si me oíste antes, pero no debes asustarte; es normal que a veces ocurra esto.

—No te preocupes por mí, solo fue la impresión. Creo que tu madre está mucho más afectada que nadie.

—Está bien. Déjame tomar esto caliente y antes de que llegue el cura iré a dar un paseo con ella para tranquilizarla.

Sabe que por encima de sus necesidades, ahora debe procurar cobijo a los dos seres más cercanos y queridos que le quedan. Su madre nunca ha sido fácil de tratar, pero siempre ha estado junto a ellos cuando la necesitaron, sin pedirselo.

Cuando sale del comedor, la puerta de la entrada está abierta; hay gente afuera, gente en medio del recibidor hablando con tía Engracia, y gente subiendo la escalera. Todos vestidos de negro, todos dispuestos a despedir al hombre al que tanto criticaron en vida por sus borracheras y rarezas.

No se para con nadie y sube los peldaños de dos en dos; no reconoce a nadie y supone que tampoco lo conocen a él, por lo que no quiere dar tiempo a Engracia para que informe a los visitantes de su persona. La habitación está ahora completamente llena de gente y junto a la cama, sentada en la silla que él había arrimado, está su madre. Se abre camino entre los presentes hasta ella y le susurra que salga un rato con él, que desea dar un paseo y quiere que lo acompañe.

Avanzando por el pasillo contra corriente, percibe los murmullos y miradas de los vecinos que se cruzan; ya saben que es el sobrino del fallecido. Arrastra materialmente a su madre hasta la cocina y abandonan el edificio por la puerta trasera. Una vez fuera, saca la cajetilla de tabaco del bolsillo de su chaqueta y enciende un cigarrillo.

—No empieces, mamá. Ya sé que tengo que dejar de fumar. No te he sacado de ahí —señala el edificio por encima de su hombro— para discutir contigo.

—Tranquilo, hijo, tranquilo. Fúmame el cigarro tranquilo, que creo que te lo mereces. Estoy orgullosa de ti.

—Gracias. Vaya trago que pasamos hace un rato, ¿eh? —habla mientras expulsa el humo por la boca.

—Tu tío siempre gustó de dar la nota.

—Es extraño que eso ocurra, pero más extraño es que el cadáver hable. Muchas ganas tenía el tío de decirme eso para que pasara.

Contempla a la anciana, que tiene la mirada perdida en el horizonte, donde las nubes de tormenta parece que se han detenido, como amenazando con volver a provocar un nuevo susto. El plomizo día está perdiendo fuerza y pronto comenzarán las sombras a caer sobre la montaña; piensa que el cura debería llegar rápido para acabar lo antes posible; quiere volver a casa.

—Mañana viene el abogado para leer el testamento —Luis se estremece al oír inesperadamente la voz de su madre—. Engracia dice que nos quedemos esta noche en su casa para que no tengamos que regresar mañana.

—Yo quisiera volver a casa. Tere ya ha pasado demasiados sobresaltos con todo esto y me gustaría que mañana no tuviera que pasar de nuevo por ello.

—Estoy de acuerdo, Luis.

Cuando su madre lo llama por el nombre quiere decir que ha pensado mucho lo que va a decir. Divina está mucho más lúcida de lo que ella quiere aparentar, tal vez para que su hijo no abandone sus visitas diarias.

—¿Tú te vas a quedar?

—Si no te importa, sí. Tu tía es fuerte y tiene a su marido y sus hijos, pero creo que ahora necesita a una mujer de la familia.

—Está bien, nosotros nos marcharemos en cuanto acabe el entierro.

Mientras hablan van alejándose de la casa por el sendero hacia el muro trasero de la finca. Luis tira el cigarrillo y lo aplasta con el zapato. Empieza a notar el fresco de la tarde. Echa el brazo sobre el hombro de la madre y le dice que es mejor regresar para no

coger frío. Cuando vuelven a la casa, los está esperando Manuel, el alcalde, para decirles que el sacerdote está ya arriba rezando el rosario. Divina sube los escalones con calma, siguiendo al pie de la letra su máxima de que quien los espera ya no tiene prisa. Luis entra en el salón con la mirada perdida. La religión nunca estuvo entre sus prioridades, y la sola idea de un Dios que se lleva su hijo de forma tan brutal le ha dado mayores razones para mantenerse en tal postura.

Ahora su mente se desplaza al día siguiente, otro día de trabajo perdido, como si las cosas rodaran tan bien como para permitirse el lujo.

Lentamente regresa a la realidad desde su abstraída mente, y nota la presencia en la habitación de su esposa. Comienza a pasear la mirada por la estancia hasta detenerse en el pequeño escritorio, situado junto a una gran vitrina que guarda la cristalería; ante él, su mujer está sentada con un bolígrafo en la mano; parece que está escribiendo algo. Se aproxima a ella y, aunque las maderas del suelo crujen bajo los pies, ella no se entera de que su marido se le acerca. Situado a su espalda, mira por encima del hombro de Tere lo que está escribiendo; solo son garabatos sin sentido en un papel, líneas oblicuas que recorren de esquina a esquina el folio. Tiene que sacarla de aquel ambiente de entierro o, de lo contrario, volverá a caer en la apatía general, como cuando perdieron a la niña.

—Cariño, siento haberte traído; no debí consentir que vinieras —dice mientras apoya las manos en los hombros de su mujer.

—No es nada; solo que, igual que tú, no soporto la parte religiosa de los entierros.

—En cuanto lo entierren nos vamos. Además, yo tengo que regresar para la lectura del testamento.

—¿Y por qué tienes que estar presente tú?

La frase la pronuncia mirando a los ojos de su marido con angustiada cara de súplica.

—No lo sé, pero tía Engracia le ha dicho a mi madre que nos quedáramos esta noche aquí para mañana, y eso solo puede significar que debemos estar presentes en ese momento.

Tere vuelve la vista hacia el papel garabateado. Suelta el bolígrafo sobre el escritorio y rasga lentamente en pequeños trozos el papel.

—Ya estoy acostumbrada a pasar los días sola; uno más no importa. No te preocupes.

Lo que puede ser una tranquilizadora frase, a Luis le parece un puñal con la hoja al rojo vivo. Le ha dolido en lo más hondo del alma. Retira las manos de los hombros de su mujer y, con paso rápido, sale de la habitación y de la casa; en el patio de la entrada enciende otro cigarrillo y comienza a pasear de un lado a otro como un león enjaulado; necesita serenarse y trata de dar mayor número de revoluciones a su corazón y a su mente para perder del presente la mortífera frase de Tere.

En una de las ocasiones en que gira sobre los talones y encara la puerta, ve que en la misma está observándolo Manuel, aguardando a que lo vea. Luis se deshace del cigarro y se acerca a Manuel.

—El cura ya terminó. Es la hora de comenzar el traslado y solo falta que usted nos dé su permiso.

—Sí, debemos llevarlo a su descanso.

De forma voluntaria no terminó la frase con el consabido «eterno». Una extraña sensación le aconsejó no hacerlo; su tío no descansaría mientras él no lograra hacer lo que pretendía Perfecto. El problema comienza en averiguar qué le quiso decir en realidad su tío. Tampoco quiere hacer mella en que no es quién para dar permiso. Un paso tras Manuel sube la escalera hacia el dormitorio. Ya se encuentra dispuesto el primer turno para llevar a hombros el féretro; solo resta él, aunque no acierta a entender cómo le están mostrando tanto respeto.

Con mayor facilidad de lo esperado, cargan el ataúd sobre los seis hombros; Luis, en la parte de delante (los pies del muerto); y a la izquierda, Rodrigo, el marido de tía Engracia.

Con alguna dificultad salen del cuarto y avanzan por el pasillo hasta las escaleras, descienden y salen del edificio hacia la puerta de la finca. Una vez fuera, se hace cargo el segundo turno de

porteadores, compuesto por los amigos del fallecido; estos, como muestra de agradecimiento por soportar su amistad, llevarán la caja mortuoria unos quinientos metros; y luego el tercer turno, compuesto por los vecinos, lo acercará a las puertas del cementerio otros trescientos metros. A la puerta del camposanto se hará cargo nuevamente el primer turno hasta que la tierra sepulte los restos del pobre tío Perfecto.

Durante el trayecto, Luis camina detrás del ataúd, amparando con sus brazos a Tere y a Divina; Tere apoya la cabeza en él, Divina no da conseguido parar las lágrimas que descienden por las rugosas mejillas; Engracia es acompañada por Rodrigo, con su hosca cara, y su hija Rosa, mientras que Miguel, su hijo, va un poco más rezagado. Al salir de la finca se ha sorprendido de la cantidad de personas que esperan para formar parte de la comitiva de despedida, y ahora escucha más los lentos pasos del gentío que las oraciones del sacerdote.

Una vez dentro del cementerio, parece que el ataúd pesa más, es como si su ocupante se resistiera a llegar al destino. Apoyan la caja sobre el soporte que permitirá luego pasar las cuerdas por debajo para descenderla al interior del hueco cavado, y el sacerdote termina sus oraciones. Los enterradores hacen bajar el ataúd y comienzan a rellenar con la negra tierra el hueco abierto para la negra muerte. Luis, mientras tanto, piensa: «Tío, no sé lo que quisiste decirme, pero haré todo lo posible por conseguirlo».

Y la tierra de relleno alcanza el nivel del suelo. En ese momento, y antes de girarse para buscar la salida, comienzan a desfilar los presentes para darles el pésame. Las frases hechas, los que nada dicen, las lágrimas, los abrazos, apretones de mano, palmadas en la espalda. Luis trata de avanzar poco a poco entre el gentío con su mujer cogida del brazo; desea escapar de allí y poner a salvo a Tere. Cuando consigue llegar a la puerta del cementerio, toma a su mujer por el hombro y se lanza a paso apurado hacia la casa, a la que llega en pocos minutos. Sube al coche, arranca y se aleja de allí lo más rápido que puede y sin mirar atrás. Está echando de menos

el hogar tras un día tan ajetreado. A pesar de que la noche ya ha caído, el trayecto lo hace en poco más de dos horas. Una vez que entra en casa, se descalza lanzando los zapatos a un lado del recibidor y acuesta a su mujer que, entre dormida y molida por el día, no puede dar un paso más. Él se duerme en el sofá.